



Memorias:

conceptos, relatos
y experiencias compartidas

Patricia Nieto
Editora académica



© Patricia Nieto. Juan David Londoño Isaza. Judith Nieto López. Luz Amparo Sánchez Medina. Catalina María Puerta Henao. Raúl Osorio Vargas. Yhobán Camilo Hernández. Rubén Chababo. Pedro Adrián Zuluaga. Sol Astrid Giraldo Escobar. Roberto Herrscher. Matthias Kopp. Sandra Patricia Arenas Grisales. Natalia Quiceno Toro. Liza Acevedo Sáenz. Isabel González Arango. Manuel Alberto Alonso Espinal. Irene Piedrahíta Arcila. Pablo Emilio Angarita Cañas. Rafael Grasa Hernández.

© Universidad de Antioquia, Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones

© Co-edición: Hacemos Memoria

ISBN: 978-958-5596-49-8

Primera edición: enero de 2020

Impresión y terminación: Panamericana Formas e Impresos

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones

Coordinación editorial y corrección de textos: Maribel Berrío

Moncada, Selnich Vivas Hurtado, Juan Felipe Varela García

(574) 2195926

fondoeditorialfc@udea.edu.co

Hacemos Memoria

Proyecto con respaldo de DW Akademie y del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ)

Coordinación: Víctor Andrés Casas Mendoza

(574) 2195918

proyctohacemosmemoria@udea.edu.co

www.hacemosmemoria.org

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de Hacemos Memoria.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Nieto, Patricia

Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas / Patricia Nieto, editora académica. - 1. Edición. - Medellín: Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia;

400 páginas.

Incluye bibliografía, índices y fotografías.

ISBN: 978-958-5596-49-8

1. Memoria - Memoria colectiva - Memoria histórica. 2. América Latina - Colombia - Víctimas

El periodismo y sus trabajos por la memoria

Patricia Nieto

Yhobán Camilo Hernández



Cuando nos preguntamos por las relaciones entre el periodismo, la violencia y la memoria¹ surgen frases como estas: el periodismo es la historia del presente, el periodismo es el día a día de la historia, el periodismo es el primer borrador de la historia. Las sentencias anteriores privilegian el valor que los textos periodísticos tendrán en el futuro, cuando los hechos dejen de ser noticia y los académicos aborden los medios de comunicación como repositorios de memorias periodísticas². Entonces, los investigadores acudirán a los archivos para obtener datos que los ayuden a describir un hecho o en busca de pistas para interpretar acontecimientos del pasado.

En las siguientes páginas proponemos otro escenario para responder la pregunta que encabeza este capítulo y que podemos expresar así: ¿Cuáles son las relaciones entre el periodismo y la construcción de las memorias del pasado violento al que se enfrentan las sociedades en transición como la colombiana? La respuesta que esbozaremos se guía por el siguiente enunciado: el periodismo que trabaja por la memoria asume la responsabilidad de conocer a fondo los hechos del pasado violento, darles sentido una vez ha comprendido todas las dimensiones de su complejidad, y comunicarlos con la intención de contribuir a la verdad, a la justicia y a garantizar la no repetición de las atrocidades³.

La afirmación anterior requiere desarrollo en, al menos, dos líneas. La primera ruta debe guiarnos hacia la identificación de intersecciones entre diversos conceptos que funcionen como ancla referencial; veremos que entre periodismo, memoria y violencia se generan espacios comunes donde es posible ubicar nuestro objeto de reflexión. La segunda debe llevarnos a describir la expansión teórica, metodológica, narrativa, ética y política del periodismo que trabaja por la memoria.

¹ Las reflexiones presentadas en este capítulo surgen del proyecto *Hacemos Memoria*, con sede en la Universidad de Antioquia, Colombia, apoyado por la Deutsche Welle Akademie, Alemania. El proyecto tiene como objetivo investigar, discutir y proponer el diálogo público sobre la construcción de memoria histórica desde la perspectiva del periodismo. Para mayor información www.hacemosmemoria.org

² María Ángela López y Rubén Domínguez afirman que la Documentación Periodística, herramienta para la gestión, conservación y difusión de la memoria periodística, es una fuente privilegiada para obtener datos y perspectivas de análisis pues permite leer el pasado, el presente y formular pistas para anticipar el futuro (2011, p. 538).

³ Para construir esta definición tomamos elementos de dos desarrollos teóricos. En 2004, Kovach y Rosenstiel escribieron que los medios se pueden entender como “el sistema que proporciona a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos” (p. 24). Y, en 2002, Omar Rincón y Marta Ruíz explicaron que “el periodista es aquel que conoce los eventos, los comprende, les asigna un sentido y los comunica” (p. 102).

*

Empecemos por decir que esta reflexión se realiza al calor del ejercicio periodístico y de la cátedra universitaria en un país con una historia de violencia política prolongada que intenta ponerle fin a una de sus etapas más críticas. Y, en consecuencia, transitar hacia la paz entendida como un estadio en el que los colombianos puedan transformar los conflictos preservando la convivencia como eje de las relaciones políticas.

De las muchas formas de denominación de la violencia colombiana optamos por aceptar el término violencia política, pues pone en el centro de la observación la lucha por el poder, que es uno de los rasgos constantes en las etapas de la violencia en Colombia. La violencia política surge cuando la estabilidad del poder entra en riesgo en sociedades que no disponen de recursos distintos a la fuerza para resolver las diferencias.

Para Max Weber (1936), citado por el investigador colombiano William Ortiz, la violencia política es aquella que está asociada a las estructuras políticas dado que, según este autor, el monopolio del ejercicio de la violencia del Estado solo es posible en ‘comunidades políticas desarrolladas’ en las que exista una estructura de poder centralizada con un gobierno y unas organizaciones que pugnan por su control (Ortiz, 2012, p. 130). Por su parte, Douglas Hibbs (1973), citado por el historiador español Eduardo González Calleja, define la violencia política como acciones políticas y colectivas (excepto el asesinato) dirigidas contra el sistema (González, 2002, p. 133). Por su parte Ted Robert Gurr (1970), citado por el investigador en Ciencias Sociales y Políticas Mario Alejandro Torrico, distingue entre tres formas generales de violencia política: los disturbios, actos relativamente espontáneos con participación predominantemente popular; las conspiraciones, con un alto nivel de organización, pero con una escala pequeña; y las guerras internas, que son formas de violencia organizada, extensiva, de gran escala y dirigida a tumbar el régimen o disolver el Estado (Torrico, 2009, p. 19).

En Colombia, el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), que desde 1972 anima el cambio social a partir de estudios rigurosos de los diversos conflictos colombianos, entiende por violencia política aquella confrontación armada a la que se llega por el interés de diferentes actores en “mantener, modificar, sustituir o destruir un modelo de Estado o de sociedad o para reprimir a un determinado grupo social por sus afinidades sociopolíticas, culturales o ideológicas” (Cinep, 2017, p.14).

Violencia política, tal como está expresada, es una cara del concepto que deseamos articular en este apartado. En la otra cara está escrita una de las características específicas de la violencia colombiana: una guerra prolongada y degradada (GMH, 2013, p. 31). Al respecto, el historiador Juan Carlos Villamizar afirma:

La violencia en Colombia ha sido continua y estructural y, dadas esas dos características, se trata de una guerra civil prolongada. Aceptar esta visión implica, igualmente, rechazar las posturas acerca de las múltiples violencias, la discontinuidad de la guerra y que la turbulencia política de los últimos treinta años es solo un producto de intereses económicos individuales (2018, p. 175-176).

Adriana González Gil, investigadora del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, caracteriza la violencia prolongada como aquella en la que se privilegia el conflicto sobre el consenso, por lo que señala el “carácter instituyente de la violencia en determinadas sociedades en las que paradójicamente, si bien su permanencia no está asociada a una guerra declarada, su intensidad, su impacto sobre la sociedad, su presencia en todos los espacios geográficos o simbólicos y su anclaje en la cotidianidad, nos permite afirmar su existencia como contextos de violencia prolongada” (2009, p. 64).

Por su parte el Grupo de Memoria Histórica (GMH) ha calificado el caso colombiano como una guerra prolongada y degradada y explica por qué: “Colombia ha vivido más de medio siglo de violencia continua, aunque con intensidad variable. Esa longevidad del conflicto da cuenta de la transformación de los actores involucrados, de las estrategias y de las formas de conducir la guerra, factores que, combinados, inciden de modo directo en los grados y modalidades de victimización” (2013, p. 108).

Las dos caras que hemos descrito nos permiten decir que la violencia política en Colombia, si bien está anclada en su origen a la lucha por el poder, al extenderse por todo el territorio nacional y prolongarse por décadas ha hecho contacto con múltiples conflictos que, en otro contexto podrían entenderse solo como propios de las relaciones barriales, vecinales o familiares y no como insertos en una guerra.

Elsa Blair, investigadora de la Universidad de Antioquia, propone una tesis interesante para el caso de Medellín al decir que la ciudad la ciudad “ha vivido insertada en una multiplicidad de conflictos que se articulan de maneras específicas y que involucran aspectos bastante más subjetivos, presentes en dinámicas barriales preexistentes a la ‘guerra’”. Y

sugiere observar las dimensiones subjetivas de la vida barrial pues estas “intervienen significativamente en la dinámica de los conflictos, incluidos los conflictos políticos” (Blair, 2009, p. 29). Podríamos decir que la violencia política prolongada se ha derramado por fuera de su contendor y ha cubierto gran parte de las tramas sociales.

En la definición que intentamos ensamblar en los párrafos anteriores, la violencia política prolongada encaja en la historia republicana de Colombia caracterizada por sucesivas luchas sangrientas por el poder. Los historiadores han identificado tres grandes periodos de violencia política en el país⁴. El primero, corresponde a las guerras del siglo XIX libradas por la instauración de un orden político posterior a las luchas independentistas (España, 2013, p. 18). El segundo, el periodo de La Violencia, se explica como resultado de una confrontación creciente entre las clases dominantes y las subalternas, en la que la irrupción de una clase obrera con discurso y capacidad de lucha fue determinante (Sánchez, 2012, p. 18). Y el tercer periodo, que se denomina conflicto armado interno⁵, está definido por la confluencia de las guerrillas de izquierda en procura de la toma del poder por la vía armada, los grupos paramilitares que surgieron como contraguerrillas, el Estado a través de sus fuerzas armadas y el narcotráfico que, en los años 80, creó el escenario para que los grupos en disputa encontraran una fuente ilegal de financiación para ampliar su presencia y accionar en todo el territorio nacional.

En muchos sentidos La Violencia, que se creyó superada con la muerte del último bandolero a mediados de los años sesenta, sigue gravitando sobre las diversas expresiones del conflicto actual. Para comenzar, las guerrillas de hoy comparten con los bandoleros el mismo origen, La Violencia. Las FARC se preciaron durante décadas de tener como su comandante al más antiguo dirigente guerrillero del mundo, alias Manuel Marulanda o Tirofijo, iniciado en las guerrillas liberales a comienzos de los años cincuenta. En los sesenta, estas guerrillas logran insertarse discursiva y políticamente

⁴ Gonzalo Sánchez denominó al conflicto colombiano como *guerra endémica o permanente* y propuso los tres periodos que retomamos en este artículo. Ver: “Raíces históricas de la amnistía o las etapas de la guerra en Colombia”. *Ensayo de historia social y política del siglo XX*. Bogotá, 1985, p. 215-275.

⁵ Trejos al respecto señala que “en Colombia se desarrolla un conflicto armado interno, no convencional y de baja intensidad, que adquirió dimensiones regionales complejas o intermísticas, cuyos orígenes se encuentran en controversias político-ideológicas y en problemas agrarios aún no resueltos. Sus actores irregulares tienen en el narcotráfico a su principal fuente de financiación. Todo lo anterior lleva a establecer que se ha producido una grave crisis humanitaria” (Trejos, 2013, p. 72).

en las luchas de liberación que se presentan por la misma época en otros países de América Latina, África y Asia. Pero sobre ellas también va a seguir pesando, hasta hoy, una herencia negativa de la violencia bipartidista de los cincuenta: la del desprecio absoluto por las formas de hacer la guerra estipuladas en lo que hoy es el Derecho Internacional Humanitario (Sánchez, 2012, p. 26).

El conflicto armado interno⁶ dejó, según el Centro Nacional de Memoria Histórica, 220 mil personas asesinadas, 25.077 desaparecidas, 5'712.506 desplazadas, 27.077 secuestradas, 10.189 víctimas de minas anti-personal. Este conflicto, prolongado, degradado y extendido es el que se espera se transforme en un estadio de paz como consecuencia de la firma en 2016 del Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera entre el Estado Colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)⁷.

La firma del Acuerdo, precedida de cuatro años de intensas negociaciones⁸, puede considerarse como un momento clave en los procesos de construcción de la memoria de la violencia política en Colombia. Si bien es claro que en el país los ejercicios de memoria comenzaron hace más de una década por interés de universidades, organizaciones no gubernamentales, comunidades, víctimas y el mismo gobierno⁹, en responder qué pasó y por qué pasó, la firma de los acuerdos se recibió, por un sector del país, con la esperanza de que la puerta hacia la memoria, que también es uno de

⁶ Para la realización de “*¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*”, Centro Nacional de Memoria tomó como inicio del Conflicto Armado Interno el año 1964.

⁷ Si bien durante el Conflicto Armado se firmaron acuerdos con grupos insurgentes de diversa índole, los firmados con las FARC revisten mayor importancia por tratarse de la guerrilla más vieja y poderosa del continente.

⁸ Los diálogos, que se realizaron en Oslo y La Habana, comenzaron el 4 de septiembre de 2012 y terminaron el 26 de agosto de 2016. Un mes después, el 26 de septiembre se firmó el Acuerdo Final en Cartagena. El 2 de octubre se realizó un plebiscito con el que se esperaba que los ciudadanos refrendaran lo pactado pero el resultado fue adverso. Frente a la respuesta, el gobierno convocó a los líderes de diferentes tendencias y se realizaron ajustes al documento. Finalmente, el 26 de noviembre de 2016 se firmó el texto definitivo en el Teatro Colón de Bogotá.

⁹ En mayo de 2014, el Centro Nacional de Memoria Histórica presentó el informe *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Con este trabajo cumplió parte de las responsabilidades que le fueron asignadas por la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, Ley 1448 de 2011. Vale recordar que años atrás con la Ley 975 de 2005, conocida como Ley de Justicia y Paz, el gobierno de Colombia había creado la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación con el objetivo de garantizar la participación de las víctimas en los procesos de esclarecimiento judicial, presentar un informe sobre el origen y evolución de los grupos armados ilegales y hacer un seguimiento a los procesos de desmovilización. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/descargas.html>

los caminos hacia la verdad y la justicia, se abriría con el regreso a la vida ciudadana de unos diez mil combatientes y la integración de millares de campesinos habitantes de zonas aisladas por la guerra.

La transición, como hemos aceptado llamar el incierto camino entre la confrontación armada que queda atrás y la convivencia pacífica delineada en el horizonte, vislumbra el momento propicio para que los colombianos convocados por la dolorosa experiencia común que hemos vivido generemos una gran conversación en torno a la crudeza que encarna la violencia política y al compromiso de evitar la ocurrencia de hechos atroces. Lo anterior quiere decir que la transición es uno de los escenarios privilegiados para el ejercicio de la memoria como política.

*

América Latina, con la reacción de los ciudadanos frente a los sangrientos conflictos por el poder que emergieron en todo el continente en las décadas del 70 y del 80, aportó una nueva dimensión a los estudios de la memoria. Frente a las dictaduras, sumadas a los evidentes estragos de la desigualdad social, los ciudadanos salieron a las calles, elevaron sus voces y se organizaron con el propósito de investigar qué pasaba, quiénes eran los responsables e influir de manera decisiva en las estructuras políticas que tomarían forma durante la esperada transición de cada sociedad. En Argentina surgió el movimiento Madres de Plaza de Mayo, en Chile se consolidó la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, en Uruguay surgió la Asociación de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, en Perú se gestó la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos y en Colombia, por solo mencionar un caso, surgió la Coordinación Nacional de Víctimas y Familiares del Genocidio contra la Unión Patriótica.

Javier Lifschitz y Sandra Arenas, expertos en memoria social, describen así la emergencia de una memoria de nuevo cuño asociada a acontecimientos que marcaron la historia política de esa época:

En diversos países de América Latina, esas memorias, que se mantenían ocultas y silenciadas, irrumpieron en la esfera pública de diversa forma. Surgieron nuevos actores, organismos de Derechos Humanos, comisiones de verdad y de justicia, testigos, testimonios, agrupamientos de familiares de víctimas, sobrevivientes y también nuevas formas de expresión de la memoria política, en la escena cultural, el sector editorial, los medios de comunicación, el cine, los centros de memoria, los homenajes (2012, p.105).

Los nuevos actores sociales hicieron de la memoria una actividad política y la convirtieron en tema de actualidad. “La memoria política dejaba de ser solo una cuestión de Estado y de cohesión social, para ser una dimensión de la lucha política de grupos que exigían verdad y justicia y disputaban narrativas en la escena pública” (2012, p.105).

La anterior afirmación nos permite aclarar, con fines meramente expositivos, la ubicación de la memoria política, con sello de América Latina, en la ya larga tradición de estudios acerca de la memoria. Maurice Halbwachs propuso que la memoria debe ser diferenciada de la historia, pues lo propio de la memoria son las narrativas que los grupos sociales construyen a partir de sus experiencias, mientras que lo específicamente histórico está conformado por los relatos emanados de instancias de poder. La memoria social discurre, para el autor, de manera oral, entre las personas, y por canales generados espontáneamente por los grupos sociales¹⁰; la historia, entendida por él como memoria nacional, se transmite por escrito y tiene la pretensión de convertirse en el relato oficial del pasado. Es importante señalar que para Halbwachs tanto la memoria como la historia contribuyen a la consecución de la cohesión social y lo expresa así:

Admitamos que la historia nacional sea un resumen fiel de los acontecimientos más importantes que han modificado la vida de una nación. Se distingue de las historias locales, provinciales, urbanas, en que sólo retiene los hechos que interesan al conjunto de los ciudadanos o, si se quiere, a los ciudadanos en tanto que miembros de la nación. Para que la historia así entendida, incluso si está muy detallada, nos ayude a conservar y a encontrar el recuerdo de un destino individual, es necesario que el individuo considerado haya sido él mismo un personaje histórico. [...] Pero generalmente la nación está demasiado alejada del individuo como para que considere la historia de su país de otra forma que como un marco muy amplio con el que su historia sólo tiene muy pocos puntos de contacto (2004, p. 78-79).

A partir de los postulados de Halbwachs se desarrollaron otras perspectivas analíticas. Pierre Nora, por ejemplo, asoció la memoria nacio-

¹⁰ La memoria como una construcción social se debe, según Halbwachs, a la existencia de marcos sociales: el tiempo, el espacio y el lenguaje que pueden entender como “una serie de estructuras implícitas construidas socialmente respecto a la sociedad del momento” (Ramos, 2013, p.39).

nal con la institucionalización de los lugares de memoria. Para Nora, los lugares de memoria tienen un sentido material, simbólico y funcional:

Lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crear archivos, que hay que mantener los aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, levantar actas, porque estas operaciones no son naturales. Es por esto que la defensa de una memoria refugiada de las minorías sobre hogares privilegiados y celosamente guardados llevan a la incandescencia la verdad de todos los lugares de memoria. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los barrería rápidamente. Son los bastiones sobre los cuales se sostienen. Pero si lo que defienden no estuviera amenazado no habría necesidad de construirlos. Si viviéramos realmente los recuerdos que ellos encierran, serían inútiles. Si, por el contrario, la historia no se adueñara de ellos para deformarlos, transformarlos, y petrificarlos, no serían lugares para la memoria (2009, p. 24-25).

Por su parte, el sociólogo estadounidense Craig Calhoun, asesor principal del Instituto Nicolas Berggruen, cita el planteamiento de Benedict Anderson según el cual la memoria nacional es una forma de representación de cara a la consolidación de las naciones como comunidades imaginadas:

Anderson pensaba que todas las comunidades eran imaginadas, por lo menos ‘todas las comunidades más grandes que los poblados primigenios del contacto cara a cara (y tal vez incluso estas)’ (Anderson, 2006, p.24). Lo que los expertos tienen que examinar no es tanto la verdad o la falsedad del proceso imaginativo nacional, sino los diferentes estilos y formas que adopta la nacionalidad, y las condiciones materiales y prácticas para la producción de este proceso (Calhoun, 2016, p. 12).

Si bien durante décadas, la memoria política se entendía como parte del proceso de institucionalización del relato nacional¹¹, como hemos venido diciendo, los estudiosos de América Latina dieron un giro a esta tradición cuando aplicaron los estudios de Michael Pollak, realizados a propósito de las acciones sociales posteriores a la Segunda Guerra Mundial,

¹¹ En relación con la violencia política, los estudios de la memoria pueden abordarse desde diferentes aproximaciones: *memoria colectiva* (Halbwachs, Le Goff, Benjamin), *memoria histórica* (Nora, Halbwachs, Bergson), *memoria social* (Luhmann), *memoria cultural* (Assmann), *lugares de memoria* (Norá, Jelin, Langland), *historia y memoria* (Le Goff).

a las realidades de esta parte del mundo. Lifschitz y Arenas señalan que Pollak describió cómo la memoria de los subalternos, los marginados y los excluidos se tomaban el escenario público en clara oposición a la memoria oficial y que notó cómo “contrario del abordaje de Halbwachs, se acentuaba el carácter conflictivo y desestabilizador de la memoria, por oposición a la uniformidad y cohesión de la memoria nacional” (Lifschitz & Arenas, 2012, p.104).

La experiencia disruptiva de los ciudadanos de América Latina con la memoria social de la violencia política, en sus diversas manifestaciones según el contexto de cada país, no solo detonó las narrativas convencionales (oral /escrita), sino que rompió las caparazones de las nociones teóricas y llevó a los académicos a describir nuevas prácticas, a reconocer nuevos saberes y a repensar el sentido de algunos conceptos. El de memoria política resultó transformado en este proceso pues Pollak, como ya lo hemos dicho, lo ubicó en el escenario de las luchas sociales. Pollak advierte un giro en el que

desde una perspectiva constructivista, ya no se trata de lidiar con los hechos sociales como cosas sino de analizar cómo los hechos sociales se hacen cosas, cómo y por quién son solidificados y dotados de duración y estabilidad. Aplicado a la memoria colectiva ese abordaje irá a interesarse, por lo tanto, por los procesos y actores que intervienen en el trabajo de constitución y formalización de las memorias. Al privilegiar el análisis de los excluidos, de los marginados y de las minorías, la historia oral resaltó la importancia de memorias subterráneas que, como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la “memoria oficial”, en este caso a la memoria nacional. En un primer momento, ese abordaje hace de la empatía con los grupos dominados estudiados una regla metodológica y rehabilita la periferia y la marginalidad. Al contrario de Maurice Halbwachs, ese abordaje acentúa el carácter destructor, uniformizante y opresor de la memoria colectiva nacional. Por otro lado, esas memorias subterráneas prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos y exacerbados. La memoria entra en disputa. Los objetos de investigación son elegidos, de preferencia, allí donde existe conflicto entre memorias en competencia (2006, p. 18).

*

Hasta ahora hemos delineado un espacio de intersección entre violencia política y memoria política en el que proponemos ubicar al periodismo, con todo el andamiaje tecnológico que le es propio, en la dimensión que marcamos al comienzo y que ahora repetimos: el periodismo que trabaja por la memoria debe conocer a fondo los hechos del pasado de violencia política, les da sentido una vez ha comprendido su complejidad, y los comunica con la intención de contribuir a la verdad, a la justicia y a la no repetición de hechos atroces. Aceptar lo anterior supone reconocer en el periodismo un mecanismo complejo que genera información interpretada sobre el pasado violento y la hace circular a través de diversas plataformas con el fin de que los ciudadanos tomen decisiones encaminadas hacia la paz; entendida esta como la disposición de preservar la convivencia como valor central de las relaciones políticas.

Lo anterior, dicho en una época en la que los medios masivos de comunicación han convertido la información en moneda de cambio, puede sonar anacrónico. El escepticismo frente a la propuesta –expresada como un deber ser— es mayor si reconocemos que a pesar del torrente informativo originado en las diversas manifestaciones del conflicto armado y en las dramáticas secuelas que ha dejado en las personas, la naturaleza y la sociedad los cambios políticos a favor de la paz no son significativos. Un ejemplo de esto es el voto mayoritario por el No en el Plebiscito por la Paz realizado en Colombia el 2 de octubre de 2016, mediante el cual se pretendía refrendar el acuerdo final para la terminación del conflicto pactado entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC. Esto pone en cuestión el papel que los medios de comunicación desempeñan como activadores de la memoria política en tanto camino hacia garantizar la no repetición de hechos atroces.

Tal cuestionamiento al aporte de los medios tiene sentido cuando se evidencia el contraste entre las condiciones en las que ocurre el hecho periodístico, la dimensión dada al papel de los medios en los procesos de producción, circulación y reproducción de la memoria, y los cambios en las decisiones políticas de las comunidades que son sus audiencias¹². Los productos periodísticos divulgados a través de los medios de comunicación son contenedores de las memorias que gestionan por medio de la reporte-

¹² Recomendamos ver: Mosso Saldarriaga, Ángela María (2018). *Influencia de los medios de comunicación en las elecciones presidenciales del año 2014 y las votaciones del plebiscito para la paz del año 2016* (Tesis de pregrado en Relaciones Internacionales y Estudios Políticos). Cajicá: Universidad Militar Nueva Granada.

ría y, al mismo tiempo, son fuentes de distribución y reproducción de las mismas; memorias con aspiración de legitimación dado el compromiso del periodismo con la verdad. En tal sentido, el periodismo es uno de los responsables de las representaciones simbólicas de la violencia política que se instalan en la sociedad.

Por lo anterior, y entendiendo que el periodismo no es un agente neutral, los contenidos periodísticos deben ser observados analíticamente pues ellos son resultado de un trabajo de varias operaciones editoriales: 1. Selección de acontecimientos que se convertirán en noticia según sus valores de actualidad, novedad, veracidad, periodicidad e interés público (De Fontcuberta, 1995, p.16). 2. Jerarquización de las fuentes de información. 3. Ordenamiento de los datos. 4. Estructuración narrativa (Martini, 2000). Tales procesos editoriales son incorporados por Jisele Guachetá Campo en su tesis de maestría, una de las pocas que aborda académicamente las relaciones entre el periodismo y la memoria en el caso colombiano¹³, concentrada en analizar el aporte de la prensa colombiana a la memoria social del genocidio de la Unión Patriótica, cuando dice que es importante identificar a los medios “como un espacio selectivo de representación y de arbitraria construcción de la memoria, considerando que el ejercicio periodístico y su relato es impactado por la tensión de las relaciones sociales, es el resultado del contexto en el que se desarrolla y sus marcos sociales” (2018, p. 42).

Las cuestiones planteadas, lejos de desestimular la idea que queremos proponer, nos llevan a reiterar que la transición puede leerse como una oportunidad para repensar los principios, los métodos y los productos con los que el periodismo —ámbito de reporteros inmersos en las múltiples tramas de los conflictos— se propone como escenario intencionado para la presentación en público de diversas narrativas que pugnan por la construcción de la memoria.

Dicho esto, parece necesario preguntarse si en efecto hoy el periodismo puede trabajar por la memoria como lo sugiere el título de este capítulo. La respuesta va de la mano de Elizabeth Jelin, referente para los estudiosos de memoria en América latina, cuando al preguntarse por qué hablar de trabajos por la memoria respondió:

¹³ También recomendamos ver: Martín, J.E., Jaramillo-Marín, J. Junio de 2014. “Las conmemoraciones noticiosas en la prensa colombiana: rememorando la toma a Mitú”. Palabra Clave 17(2):378-411. Este artículo sintetiza los hallazgos del trabajo de tesis *Las memorias en disputa por el secuestro de Policías en Colombia. Estudio de caso desde los marcos interpretativos de la prensa y el testimonio familiar* realizado por Jairo Martín para graduarse como Magíster en Comunicación en la Universidad Pontificia Javeriana en 2013.

El trabajo como rasgo distintivo de la condición humana pone a la persona y a la sociedad en un lugar activo y productivo. Uno es agente de transformación, y en el proceso se transforma así mismo y al mundo. La actividad agrega valor. Referirse entonces a que la memoria implica “trabajo” es incorporarla al quehacer que genera y transforma el mundo (2002, p. 14).

Un análisis de textos narrativos realizados años atrás nos permitió reconocer algunas características de ese periodismo que se abrió paso en sus trabajos por la memoria cuando en Colombia arreciaba la violencia una vez rotos los diálogos de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las Farc el 20 de febrero del 2002; cuando era impensable convocar a un nuevo proceso de negociaciones. Las piezas periodísticas revisadas, escritas por periodistas osados que escapaban de casas editoriales comprometidas con los grandes poderes, son evidencias de la emergencia de una manera renovada de investigar y contar la barbarie (Nieto, 2012).

Esas metodologías —revisadas, reinventadas, recreadas, reinterpretadas— y las obras resultantes son hoy textos periodísticos imprescindibles para comprender el conflicto colombiano. Además de la información que proveen, en las nuevas crónicas de la guerra es posible distinguir varios cambios significativos en el sentido político y en los principios de la profesión [...] Las nuevas crónicas de los hechos de guerra no ocultan la verdad ni la desplazan como fin último del trabajo de la prensa; pero parten de comprender que a la verdad solo se accederá si los cronistas logran incorporar en sus relatos las voces de quienes han habitado la cara oculta de la guerra: las víctimas. Al hacerlo, ingresan a la esfera de la memoria con toda la carga política que ella entraña y que no es otra que vincular las memorias de la gente, por medio de la crónica, a la lucha por la construcción de la democracia (Nieto, 2013, pp. 401-402).

La palabra crónica, incluida en la cita anterior, funciona aquí como la clave para comenzar a recorrer la segunda ruta que esbozamos al principio de este capítulo con el propósito de describir la expansión del periodismo que trabaja por la memoria. Con el término crónica —un género periodístico específico con amplio desarrollo en América Latina— se hace en realidad alusión al gran campo del periodismo narrativo: el estilo de investigación y de escritura en el que podemos ubicar a los periodistas que trabajan por la memoria y al que, en el esfuerzo por hacerlo contenedor de una materia frágil y en transformación, le han generado cambios que apenas estamos descubriendo.

Los más reconocidos teóricos del periodismo narrativo en América Latina han llegado a consensos generales acerca del origen e identidad de este estilo¹⁴. Es claro que en la década del 60 del siglo XX en muchos lugares del continente los periodistas reaccionaban frente a los métodos dominantes de investigación periodística y de escritura en los periódicos; medios que ya no dialogaban con los lectores ávidos de conocer los sucesos de su propia sociedad sometida a cambios dramáticos. Fernando López Pan, experto en géneros periodísticos dice que:

El periodismo convencional se sustentaba sobre el presupuesto de una narración pura, objetiva y neutra, en la que se relaten los hechos sin mezcla alguna de interpretación o valoración. Y, en una búsqueda por dotar de un estatuto digno a las prácticas informativas, se habían establecido características formales del relato: ausencia de palabras valorativas, presentar las diferentes versiones en conflicto, asegurarse —y hacer creer al lector por el uso de las comillas— que las opiniones recogidas son atribuibles a alguien distinto del propio periodista, el respeto a la estructura de la pirámide invertida, el estilo impersonal, la ausencia de firma (2012, p.298).

Durante décadas los reporteros intentaron romper los moldes de ese periodismo dedicado a dar la noticia de cualquier suceso respondiendo cinco preguntas básicas con textos caracterizados por la brevedad, la precisión y la objetividad y hallaron, en diferentes latitudes, nuevas formas de contar las noticias una vez se quitaron el corsé que delineaba las formas y en ellas aprisionaban los contenidos y los significados.

A ese fenómeno narrativo le llamaron nuevo periodismo en atención a una expresión usada por Tom Wolfe (1975) y periodismo literario por las reflexiones de Norman Sims (1996). Si bien esas dos fechas marcan momentos importantes en la consideración de este estilo periodístico por los académicos norteamericanos, el periodismo narrativo respiraba en diversos rincones del continente. En 2003, Juan José Hoyos llamó Literatura de Urgencia al estilo que los reporteros colombianos desarrollaron durante décadas para narrar un país que no sale ni de la guerra ni de otros dramas y escribió que los cronistas “hallaron un estilo con el rigor de los hechos, la precisión del reportero y la gran libertad expresiva del escritor” (p. 150).

¹⁴ Los libros de referencias son: Hoyos, Juan José (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia. Herrscher, Roberto (2012). *Periodismo Narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*. Barcelona: Ediciones Universidad de Barcelona.

El reconocimiento del periodismo narrativo también puede considerarse como un importante punto de corte para las ya largas discusiones con respecto a las semejanzas y diferencias entre el periodismo narrativo y la narración literaria. Ya nadie discute que la literatura y el periodismo comparten temas, herramientas de investigación, estrategias narrativas y formatos de divulgación con una intensidad sorprendente pese a que conservan una clara diferencia que radica en el pacto con el lector. La literatura ofrece ficción y el periodismo veracidad¹⁵; la literatura es el espacio de la imaginación, el periodismo es el lugar de la investigación; la literatura es en el primer nivel de lectura el campo del placer individual, el periodismo es en todo tiempo escenario del compromiso social; la literatura habrá de estar bien escrita, el periodismo narrativo será como un cuento de la vida real.

Juan José Hoyos dice que el periodismo narrativo tomó cuatro técnicas de la novela realista del siglo XIX: la construcción escena, el uso de una voz personal, el punto de vista y el uso de diálogos (2003, p. 358). Por su parte, Roberto Herrscher presenta así los elementos literarios que nutrieron el relato periodístico: el punto de vista y el personaje narrador; las historias de los otros; de las fuentes a los personajes y de las declaraciones a los diálogos; y la descripción como fiesta del estilo y como forma de hacer concreto lo conceptual (2012, pp. 28-35). A su vez, Jorge Rodríguez, experto en teorías de la escritura periodística, dice que el

Nuevo Periodismo que no solo consiguió una gran factura estética en un terreno plagado de escritos estandarizados, sino también una manifestación cultural que revolucionó la literatura misma, con una literatura de la realidad capaz de describir el mundo y la humanidad, por medio de narraciones individuales, abundantes en pormenores íntimos que el periodismo convencional desechaba. Esas pequeñas historias revelaban la Gran Historia estadounidense que ni literatos, ni historiadores estaban contando (2012, p. 17).

Es posible decir que en pequeñas historias, como las llama Rodríguez, se estaba viviendo también el gran drama de la historia de América

¹⁵ Jorge Rodríguez dice que el denominado pacto de lectura del periodismo se refiere al compromiso implícito entre la prensa y sus lectores de que los contenidos se someten al principio de veracidad; es decir, que los reporteros no pueden inventarse ni un dato; ni una escena, ni una declaración. Además, agrega que “por la entidad del oficio, las consecuencias de la traición a este trato no son solo ética, sino también legales; de modo que el reto de los narradores en los periódicos estaba en dos frentes: el reporterismo y la escritura” (Rodríguez, 2012, p.15).

Latina. Y hubo alguien que en el sur del continente se animó a contar el horror. Leila Guerriero, cronista argentina, lo presenta así: “Cuando faltaban ocho años para que un hombre llamado Truman [Capote] inventara todo aquello de la novela de no ficción, mucho antes de que se insinuara un cruce posible entre periodismo y literatura y a décadas de que alguien pensara en la posibilidad de escribir la palabra “arte” junto a la palabra “crónica”, Walsh lo sabía todo” (2018, p. XIV)¹⁶.

Se refiere Guerriero a la historia que sigue: El 18 de diciembre de 1956 el escritor argentino Rodolfo Walsh escuchó una frase que le cambió la vida para siempre. “Hay un fusilado que vive”, le dijo una voz masculina a él que se tomaba la última cerveza de la noche en el bar de siempre (Walsh, 2018, p.9). Tres días después estaba frente a aquel sobreviviente que le narró de un tirón la terrible noche y le marcó el camino para descubrir cómo el Estado argentino, a través del Ejército, detuvo ilegalmente a 12 civiles el 9 de junio de 1956 acusándolos de hacer parte de la insurrección contra el gobierno de la Revolución Libertadora: las víctimas fueron sacadas de un pequeño apartamento en la localidad de Florida donde veían una pelea de boxeo transmitida por televisión, trasladadas en un furgón hasta el barrio José León Suárez y fusiladas en un basurero. Siete de los fusilados sobrevivieron y fueron los narradores que le permitieron a Walsh publicar una serie periodística en la revista gremial *Mayoría* entre mayo y julio y luego, en el mismo 1957, el libro *Operación Masacre* con Editorial Sigla.

Al recordar los detalles de su esfuerzo por encontrar un impresor para su historia, Rodolfo Walsh escribió: “Así que ambulo por suburbios cada vez más remotos del periodismo, hasta que al fin recalco en un sótano de Leandro Alem donde se hace una hojita gremial, y encuentro un hombre que se anima. Temblando y sudando, porque él tampoco es un héroe de película, sino simplemente un hombre que se anima. Y la historia sale, es un tremolar de hojitas amarillas en los kioskos, sale sin firma, mal diagramada, con los títulos cambiados, pero sale. La miro con cariño mientras se esfuma en diez millares de manos anónimas” (Walsh, 2018, p. 10-11).

La hoja se agota porque cuenta cómo fusilaron a los “fusilados”, un drama tan cercano a miles de argentinos que pudieron ser los padres, los hermanos o las víctimas y porque estaba escrita con la precisión del dato contrastado y con un ritmo vertiginoso que lleva al lector al momento de la muerte de unos y de la salvación de los otros. Guerriero devela el secreto de

¹⁶ Leila Guerriero reconstruye los antecedentes de la investigación y escritura de *Operación Masacre* en la introducción del libro publicado por Ediciones El Asteroide de España.

Walsh: “Para contar la historia echó mano de todas las técnicas de la literatura [...]: esparció intriga, suspenso, descripciones minuciosas, estructura coral y la elegancia de un lenguaje de dientes apretados, tan ajustado a sus huesos que cualquier sobresalto resulta un estallido” (2018, p. XIV).

Operación Masacre, con su trastienda investigativa y su montaje escénico, es un ejemplo de cómo los reporteros de esta parte del mundo se conectaban desde mediados del siglo pasado¹⁷ con un movimiento gestado por ciudadanos organizados para investigar qué pasaba y quiénes eran los responsables, denunciar las atropellos e influir de manera decisiva en la transición. En sesenta años, tiempo que ha pasado desde la publicación de *Operación Masacre*, muchas cosas han cambiado. Los conflictos y las formas de contarlos son otros aunque, quizá, la brutalidad con la que la violencia acaba la vida sea la misma.

*

Lo herederos de Walsh han sido compelidos a contar las transformaciones sociales que tiñen de sangre a todo el continente y lo han hecho a su modo, apelando tal vez al método salvaje, descrito por Juan José Hoyos de esta manera: “todo periodista dedicado a narrar hace lo mismo: a lo largo de su vida va encontrando su propio método para investigar y para narrar, va creando su propia Arte Poética. Y frente a cada historia nueva tiene que inventar un nuevo método. Mi método es el de abandonarme a la sabiduría del corazón” (2007, p. 188).

Varias generaciones lo han intentado y, como lo dice Omar Rincón, periodista y crítico de medios, no lo han hecho del todo mal: “Estos relatos periodísticos –verdades en invención, a medias, como todas las verdades de la guerra– nos han servido como testimonio de nuestra barbarie pero también de nuestras maneras de imaginar un presente con dignidad” (Nieto, 2012, p. 196).

Las diversas estrategias adoptadas por los cronistas colombianos para conocer a fondo los hechos del pasado de violencia política, comprenderlos y comunicarlos con la intención de evitar la repetición de las atrocidades, esto quiere decir trabajar por la memoria, han propiciado una expansión teórica, metodológica, narrativa, ética y política de alcances

¹⁷ Para conocer cómo el periodismo narrativo en Colombia tuvo un largo proceso de decantación, sugerimos leer *La pasión de contar*, un libro que reúne piezas periodísticas escritas entre 1638 y 2000. La selección incluye el que para Juan José Hoyos es el primer reportaje moderno escrito en Colombia. Se titula *El Crimen de Aguacatal* y fue publicado en 1874.

insospechados para el periodismo¹⁸. En los párrafos que siguen esbozaremos cinco escenarios que resulta imprescindible estudiar a fondo para delimitar el campo profesional y académico copado por el periodismo que trabaja por la memoria.

La actualidad es el pasado

Esta frase supone un cambio sustancial en la teoría y en la práctica del periodismo, pues el significado de la actualidad como objeto de la información se transforma. El documento fundador del Pregrado en Periodismo de la Universidad de Antioquia, escrito hace casi veinte años, explica que la parte de la realidad elaborada como información por los periodistas y divulgada por los medios de comunicación es la actualidad y sostiene que ella “es un presente continuo” (Universidad de Antioquia, 1990, p. 1). La actualidad, ese recorte arbitrario, se construye, según la teoría clásica, a partir de hechos que “acaban de ocurrir o de descubrirse, o que se tiene previsto van suceder en un futuro más o menos próximo” (De Fontcuberta, 1995, p. 17) y que se van a investigar y a comunicar a través de los medios de comunicación. Esa línea cronológica imperturbable, sobre la que se ha sostenido el acontecimiento noticioso, se rompe cuando los periodistas deciden volver sobre el pasado como acontecimiento principal.

Los cronistas que trabajan por la memoria no buscan la novedad, lo que ocurre en el instante, lo que irrumpe en la cotidianidad. Retornan para someterse a lo que podríamos denominar experiencias del recuerdo re-vivido que dan un nuevo significado a los acontecimientos. Sus crónicas podrían leerse como pasado que se hace presente. Más allá de los recuerdos que irrumpen en el hoy por la autonomía de la memoria, es el encadenamiento de los recuerdos por medio de narraciones lo que los actualiza y los convierte en presente. Para hablar de los sobresaltos que genera la narrativa periodística sobre el eje cronológico podríamos tomar la explicación de Beatriz Sarlo según la cual “del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro” (2006, p.13).

¹⁸ El equipo de *Hacemos Memoria* ha identificado los aspectos metodológicos y narrativos imprescindibles para un ejercicio periodístico con perspectiva de memoria y los presentará en un trabajo posterior.

Las fuentes son personajes y los personajes son víctimas

Los manuales de periodismo quedan vueltos añicos cuando se hace necesario conversar con una persona que fue testigo de un hecho del pasado violento. Roberto Herrscher recuerda que en el ejercicio cotidiano: “los periodistas solemos tener fuentes [...] las vemos como expertos, testigos, poderosos o víctimas de esos poderosos. [...] y aparecen y desaparecen de nuestros textos sin que podamos ni verlas ni entenderlas. No cuentan ni recuerdan ni reflexionan. [...] Están en el no-lugar y el no tiempo de las declaraciones” (2012, p.32).

Sacar a las personas del no lugar y del no tiempo es una tarea de los trabajos por la memoria y eso supone no solo entender y respetar la altura moral de quienes han sufrido sino también situarse en un escenario jurídico y político en el que han asumido una nueva identidad: la de víctimas. Los periodistas que trabajan por memoria optan por acercarse a los personajes a partir de una consideración ética que el profesor Reyes Mate hace a propósito de quienes justifican los asesinatos en nombre del progreso: “El asesinato no puede tomarse como una fatalidad del destino o como un pago lógico del progreso. Las víctimas se han hecho visibles. Han dejado de ser el precio silencioso de la política y de la historia. La visibilidad consiste en haber logrado que su sufrimiento deje de ser insignificante, es decir, que signifique injusticia” (2008, p. 29).

El gran cambio expresado por Mate encuentra su correlato en el discurso de defensa de los Derechos Humanos que al decir de Catalina Puerta, abogada colombiana, estudiosa de los derechos humanos, “ha servido de fundamento para la exigencia de unas garantías dirigidas a un sujeto especialmente concebido, primero como población civil, y luego como víctima, el cual adquiere un lugar especial después de la Segunda Guerra Mundial” (Puerta, 2020 p. 4). En Colombia con la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005), que propició la desmovilización de los grupos paramilitares, emergió con fuerza la figura de la víctima con toda su denominación, definición, marco legal y escenario sociológico.

Con la emergencia del sujeto víctima en contextos de violencia extrema, en los que se asume la ocurrencia de crímenes contra la humanidad, la justicia y, en general, la sociedad giran su mirada hacia el pasado para indagar, entre otros asuntos, por la verdad, por aquellos que sufrieron la violencia y por los responsables de la misma. Con esto, emerge a su vez el testimonio:

Es a través del testimonio que se evidencia el daño recibido y se dimensiona la violencia de la que se fue víctima. Y en este punto debemos resaltar que la relación entre trauma, testimonio y narrativa adquiere un lugar decisivo (Ortega, 2009), en tanto que la subjetividad emerge en el testimonio para dar cuenta de la experiencia de sufrimiento de los individuos (Hartog, 2002), lo que produce una urgencia de reconocimiento a los afectados (Puerta, 2019, p.).

Es a través de la constatación del daño infringido que surge la consideración del testimonio como instrumento pedagógico. Michael Pollak y Natalie Hienich dicen que todo testimonio pone en juego tanto la memoria como la reflexión que sobre sí mismos hacen los sobrevivientes: “Es por esto que los testimonios deben ser considerados como verdaderos instrumentos de reconstrucción de la identidad, y no solamente como relatos factuales, limitados a una función informativa” (2006, p. 54). Reyes Mate, al reflexionar sobre la escritura de Primo Levi, dice: “hay en el escritor-testigo una intencionalidad educativa. Quiere hablarnos documentadamente para que nosotros aprendamos a descifrar el peligro que corremos” (Mate, 2008, p. 12).

Si el periodismo logra conectarse con la idea anterior podrá privilegiar el sentido social y político de su acción sobre los logros estéticos que, en muchas ocasiones, son más importantes para el mercado. Para María Eugenia Ludueña, reportera argentina experta del Derechos Humanos: “las víctimas buscan conocer la verdad: qué les pasó a sus seres queridos, cómo ocurrieron los hechos, quienes son los responsables. Buscan que haya justicia [...] que la Justicia diga: esto es verdad. Poder contar estas historias desde el periodismo le da a la memoria el poder del reconocimiento público, dignifica a las víctimas” (Ludueña, 14 de abril de 2015).

La inmersión es participativa

Esta sentencia invita a revisar los cambios sustanciales que los trabajos por memoria generan en las rutinas periodísticas. Hasta ahora hemos aceptado que la inmersión es la gran estrategia metodológica del Periodismo Narrativo. Norman Sims (1996), dice que la inmersión es la gran apuesta que los reporteros hacen con su tiempo pues deben lograr saber todo sobre un tema (p. 19) y Hoyos (2003) afirma que la inmersión es el único camino para encontrar una historia (p. XVI). Esta técnica, que se centra totalmente en la experiencia del reportero, se expande en los trabajos por la memoria, pues se hace indispensable que los datos (que son informaciones sobre hechos y

sentimientos) provengan de los recuerdos de los personajes y que, además, ellos estén dispuestos a compartirlos con otros en una narración pues de eso se trata la memoria social. Lo anterior solo se consigue con el trabajo participativo entre reporteros y personajes.

El periodismo participativo, en el que tienen encuentro la memoria social y la memoria política, se basa en la convicción “de que ya no es suficiente con el tradicional modo que se ha empleado para informar a una sociedad. En su lugar, es preciso abrir un espacio a las voces de los sujetos no profesionales del proceso informativo que, pese a todo, también están capacitadas para aportar nuevas perspectivas y puntos de vista” (Requejo, 2007, p. 37).

Y esto se podría definir como “el acto por el que un ciudadano o grupo de ciudadanos, informa, analiza y difunde noticias e información, desempeñando un rol activo en todo este proceso. El propósito de su participación es proporcionar la información independiente, confiable, precisa, amplia y relevante que una democracia necesita” (Bowman & Willis, citados por Requejo, 2007, p. 37)¹⁹.

El periodismo narrativo: de estilo a macro-género

Hemos dicho que el periodismo narrativo es el estilo privilegiado para la escritura de los relatos periodísticos en clave de memoria pues esta se refiere al drama y el drama es corazón de la poética. En consecuencia es importante decir que se basa en los siguientes elementos: cada texto cuenta una historia, el tiempo es el hilo para tejer el drama, la tensión funciona como secreto para conseguir que el lector llegue hasta el final, el clímax es la recompensa emocional, los personajes tienen identidad, el contexto es el marco para la interpretación, los hechos suceden como escenas antes los

¹⁹ Un ejemplo de periodismo participativo lo constituye la experiencia de *Hacemos Memoria* en el municipio de Granada, Oriente de Antioquia, donde en 2015 la Asociación de Víctimas Unidas de Granada (Asovida); los medios de comunicación locales integrados por la emisora Granada Estéreo, el canal comunitario Vahos Televisión, la revista *La Viga en el Ojo*; y otras organizaciones sociales de esa localidad aceptaron la invitación de *Hacemos Memoria* a participar en un proceso de asesoría y construcción de memoria desde la perspectiva del periodismo. Producto de esto, el 28 de julio del 2017 se presentó en el Salón del Nunca Más, espacio de memoria de las víctimas en esa población, la multimedia *Granada: una historia de dolor y resistencia*, dos líneas de tiempo que narran, a través de infográfico, videos y fotografías, 25 hitos de violencia y 18 actos de resistencia que vivió esta comunidad durante los años más álgidos del conflicto armado.

ojos del lector, el narrador habla desde su subjetividad de manera directa, expresa y deliberada.

A la luz de lo que hemos venido exponiendo, es claro que el periodismo narrativo se ha visto obligado a conectarse de otra manera con la realidad por muchas razones, entre ellas, la capacidad expresiva de los personajes que participan en la construcción de sus historias y porque con ellos viajan dispositivos digitales de uso personal. La participación implica aceptar que los relatos no caben ya en la imprenta porque están dirigidos a quienes leen de otra manera. “Según Dan Gillmor, [...] fundador y director del Center for Citizen Media, los principios que definen al movimiento [del periodismo participativo] son (Gillmor, 2002): 1. Mis lectores saben más que yo. 2. Esto no es una amenaza, sino una oportunidad. 3. Podemos usar esto para crear algo parecido a un seminario o a una conversación que permita que ambas partes nos enriquezcamos. 4. La tecnología interactiva y aplicada a la comunicación –en la forma de e-mails, weblogs, foros de discusión, websites y otros– puede hacerlo posible” (Requejo, 2007, p. 38).

Frente a este reto, el Periodismo narrativo ha respondido convirtiéndose en el contenedor de la diversidad narrativa que es sustancial al periodismo y sus trabajos por la memoria. Jorge Rodríguez lo expone así: “La vida es drama y el drama es la clave de la literatura y del periodismo. El drama es el eje sobre el que gira un interés natural del escritor y su audiencia. Sobre este cimiento se articulan las tramas (los temas) y los procedimientos (el reporterismo y los recursos narrativos) [...] del periodismo literario” (2012, p. 22). Este estilo es visto entonces como un macro-género que acoge una amplísima variedad de géneros escritos, audiovisuales y digitales.

El reportero es un autor

Con tal afirmación concluimos este capítulo en el que hemos intentado delinear un escenario académico donde el periodismo y sus trabajos por la memoria puedan ser descritos e interpretados. En la transición que vive Colombia, los periodistas que optan por narrar el pasado violento, inspirados en la idea de un futuro sin violencia, están asumiendo una tarea trascendental que socava algunos manuales del oficio y enfrenta a diversos poderes.

En medio de la algarabía propagada desde los medios masivos aliados con poderes de diversa índole, las voces de los periodistas que trabajan por la memoria son todavía murmullos de resistentes. Pero luego, cuando los papeles de hoy sean documentos, se reconocerá el valor político de

los trabajos por la memoria y se contará el valor de los que hoy se juegan la profesión en esa peligrosa intersección entre periodismo, violencia y memoria.

Las periodistas Elena Poniatowska, ganadora del Premio Cervantes de Literatura 2013, y Svetlana Alexiévich, ganadora del Premio Nobel de Literatura 2015, han pasado su vida en este territorio azaroso; han inventado métodos de investigación y narrativas periodísticas para contar el horror y la sobrevivencia sin desleírse en la oscuridad del sufrimiento o en la luz cegadora del triunfo. Ellas, autoras de polifonías indispensables para comprender los mecanismos de ciertas violencias a través de las voces de quienes los han vivido son polo a tierra en estos tiempos. Tal vez en sus palabras están las claves para la reflexión sobre la dimensión ética, política y estética del rol del reportero que pone su historia y su voz en relación con las de sus personajes.

Poniatowska confesó ante decenas de cronistas de América latina: “Soy lo que soy por las miles de voces que he escuchado. Estoy hecha de las múltiples entregas de los que me han dado su confianza. Por esta razón, mi agradecimiento al otro es infinito y la identificación que siento con los demás es estimulante a más no poder. Vivo, en verdad, como un cable de alta tensión, siempre a punto del corto circuito” (2012). Alexiévich lo dijo de otra manera: Estoy interesada en la gente pequeña. La pequeña gran gente —es como yo lo pondría—, porque el sufrimiento engrandece a las personas. [...] No hemos tenido tiempo para comprender lo que aún nos está pasando, solo tenemos que decirlo. Para empezar, debemos, al menos, articular lo que pasó. Tenemos miedo de hacer eso, no estamos listos para hacer frente a nuestro pasado (2015).

Referencias bibliográficas

- Alexiéovich, Svetlana (2015). *La batalla perdida*. Estocolmo. Discurso leído al recibir el Premio Nobel de Literatura. Recuperado de <https://www.las2orillas.co/la-batalla-perdida-de-la-premio-nobel-svetlana-alexievich/>
- Blair, Elsa, Grisales Hernández, Marisol, & Muñoz Guzmán, Ana María (2009). Conflictividades urbanas vs. “guerra” urbana: otra “clave” para leer el conflicto en Medellín. *Universitas Humanística*, 67(67). Recuperado de <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2128>
- Calhoun, Craig (2016). La importancia de Comunidades Imaginadas y de Benedict Anderson. *Debats*, 130 (1), p. 11-17.
- Cinep (2017). *Marco Conceptual. Noche y Niebla*. Bogotá: CINEP-PPP.
- De Fontcuberta, Mar (1995). *La noticia. Pistas para percibir el mundo*. Barcelona: Paidós.
- España, Gonzalo (2013). *El país que se hizo a tiros. Guerras civiles colombianas (1810-1903)*. Bogotá: Debate.
- GMH (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- González Calleja, Eduardo (2002). *La violencia en la política*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- González Gil, Adriana (2009). *Viajeros de ausencia: desplazamiento forzado y acción colectiva en Colombia* (Tesis de doctorado). España: Universidad Complutense de Madrid.
- Guachetá Campo, Jisele (septiembre de 2018). *Memoria social y narrativa de la prensa sobre la violencia política. Análisis sobre el cubrimiento periodístico de El Tiempo y El Espectador. La Unión Patriótica 1985-1990* (Tesis de maestría). Santiago de Cali (Colombia): Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, maestría en Derechos Humanos y Cultura de Paz. Recuperado de http://vitela.javerianacali.edu.co/bitstream/handle/11522/10772/Memoria_social_narrativa.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Guerriero, Leila (2018). Prólogo. En Walsh, Rodolfo. *Operación Masacre*. España: Ediciones El Asteroide.
- Halbwachs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Traducción de Inés Arroyo. España: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1era edición.

- Herrscher, Roberto (2012). *Periodismo narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la memoria*. Barcelona: Ediciones Universidad Barcelona.
- Hoyos, Juan José (2003). *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hoyos, Juan José (2007). *El método salvaje*. En Falbo, Graciela. *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Hoyos, Juan José (2009). *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia 1638-2000*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Kovach, Bill & Rosenstiel, Tom (2004). *Los elementos del periodismo*. Madrid: Ediciones El País.
- Lifschitz, Javier Alejandro & Arenas Grisales, Sandra Patricia (2012). Memoria política y artefactos culturales. *Estudios Políticos*, N° 40. Medellín (Colombia): Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, (pp.98-119).
- López Hernández, María Ángeles & Domínguez Delgado, Rubén (2011). *Acta del I Congreso Internacional de Ética de la Comunicación* (p. 538 – 547). España: Universidad de Sevilla.
- López Pan, Fernando (2012). Los saldos de una vieja polémica. El New Journalism y las convenciones del periodismo objetivista. En Rodríguez, Jorge Miguel. *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.
- Ludueña, María Eugenia (14 de abril de 2015). El periodismo que narra la memoria. *Cerosetenta*. Universidad de los Andes: Colombia. Recuperado de <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/el-periodismo-que-narra-la-memoria/>
- Martini, Stella (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Bogotá: Norma.
- Mate, Reyes (2008). Primo Levi, el testigo: una semblanza en el XX aniversario de su desaparición. En Madina Muñoz, Eduardo. (Compilador). *El perdón, virtud Política. En torno a Primo Levi*, p. 11-32. Barcelona: Anthropos.
- Nieto, Patricia (2012). Crónicas a fuego lento. Narrativa periodística colombiana. El pasado se hace presente y la memoria se sobrepone a la verdad. En Rodríguez, Jorge Miguel (Coordinador). *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.

- Nieto, Patricia (2013). *Relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia. El caso reciente de la ciudad de Medellín* (Tesis de Doctorado en Comunicación). Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/res/n36/n36a07.pdf>
- Nora, Pierre (2009). Pierre Nora en *Les lieux de memoire* [Traducido del francés por Laura Masello]. Santiago: LOM Ediciones.
- Ortiz Jiménez, William (enero-junio de 2012). Violencia política en Colombia. Paradojas e institucionalización de una disfunción. *Civilizar*, 12 (22), p. 129-142. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda.
- Pollak, Michael & Hienich, Natalie (2006). El testimonio. En Michael Pollak. *Memoria, olvido y silencio* [Traducción de Christian Gebauer, Renata Oliveira Rufino y Mariano Tello], p. 53-112. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Poniatowska, Elena (2012). *De Tlatelolco a #Yosoy132: crónicas de la resistencia*. Discurso de apertura del 'encuentro nuevos cronistas de indias 2', organizado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes -CONACULTA- y la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano -FNPI-, el miércoles 10 de octubre de 2012. Recuperado de <http://www.archivo.fnpi.org/recursos/textos/discurso-de-apertura-del-encuentro-cronistas-de-indias-2-elena-poniatowska/>
- Puerta, Catalina (2020). Víctimas. Genealogía reciente, aspectos jurídicos y construcción social del concepto en Colombia. En Patricia Nieto (Editora académica). *Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas*, p. 81-100. Medellín: Fondo Editorial Facultad de Comunicaciones.
- Ramos Delgado, David (2013). La memoria colectiva como reconstrucción, entre lo individual, la historia, el tiempo y el espacio. *Realitas*, vol. 1, N° 1, enero-junio. Barranquilla (Colombia). p. 37-41.
- Requejo Alemán, José Luis (2007). Una llamada a la responsabilidad de las audiencias en el periodismo participativo. *Palabra Clave*, vol. 10, núm. 1. Colombia: Universidad de la Sabana, p. 36-47.
- Rincón, Omar & Ruiz, Marta (2002). *Bajo todos los fuegos. Los periodistas en el conflicto colombiano*. Bogotá: Proyecto Antonio Nariño.
- Rodríguez, Jorge (2012). Como un cuento...como una novela...como la vida misma. En Rodríguez, Jorge Miguel. *Contar la realidad. El drama como eje del periodismo literario*. Madrid: 451 Editores.
- Sánchez, Gonzalo (2012). La Violencia. En Stephen Ferry. *Violentología* p. 17-28. Bogotá (Colombia): Editorial Ícono.

- Sarlo, Beatriz (2006). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*. México: Siglo XXI Editores.
- Sims, Norman (1996). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Torrico Terán, Mario Alejandro (2009). *Factores explicativos y dimensiones de la estabilidad política. Un estudio mundial* [Tesis de Doctorado en Investigación en Ciencias Sociales con Mención en Ciencia Política]. México: Flacso. Recuperado de <http://repositorio.flacsoandes.edu.ec:8080/bitstream/10469/1777/1/TFLACSO-2009MATT.pdf>
- Trejos Rosero, Luis Fernando (2013). Colombia: una revisión teórica de su conflicto armado. *Revista Enfoques*, XI (18), p. 55 – 75. Recuperado de <file:///C:/Users/user/Downloads/Dialnet-ColombiaUnaRevision-TeoricaDeSuConflictoArmado-4364027.pdf>
- Universidad de Antioquia (1999). *Pregrado en Periodismo. Plan de estudios, pedagogía, didácticas y administración académica*. [Documento administrativo]. Medellín.
- Villamizar, Juan Carlos (2018). Elementos para periodizar la violencia en Colombia: dimensiones causales e interpretaciones historiográficas. *Ciencia Política*, 13 (25), p. 173-192. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/cienciapol/article/view/65251/66436>
- Walsh, Rodolfo. (2018). *Operación Masacre*. España: Ediciones El Asteroide.
- Wolfe, Tom (1975). *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama.

Hacemos Memoria, proyecto de la Universidad de Antioquia, pone a disposición este capítulo con fines educativos, para la crítica y la investigación. Está prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de Hacemos Memoria.



La memoria histórica ha estado vinculada a las posteridades de las guerras, cuando el tiempo es propicio para que los campos yermos vuelvan a florecer. Es en el despertar de las sociedades silenciadas por un sufrimiento intenso que la palabra ha abierto el túnel hacia el pasado que es también el camino conducente a afirmar que el horror no tendrá otra oportunidad. Lo anterior es lo que hemos aprendido a través de los testimonios que se han propagado como evidencia de valentía y de dignidad de individuos que lograron transformar sus entornos sociales a través de sus relatos.

Pese a la trascendencia del legado que nos dejaron los sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial sus enseñanzas resultan insuficientes para iluminar los senderos por los que Colombia, escenario de un conflicto armado interno de más de 50 años, transita cada vez que intenta poner fin a la violencia por medio de procesos de paz. Una luz en la transición que vive Colombia es, sin duda, la incontenible emergencia de memorias locales, diacrónicas y polifónicas que los hombres y las mujeres de esta parte del mundo proponen como luciérnagas que les ayuden a echar luz sobre su propio destino y el de su comunidad.

Hemos propiciado y conseguido la escritura de *Memorias: conceptos, relatos y experiencias compartidas* con el propósito de conocer la constelación de memorias que se configura desde hace unos años en Colombia. Queremos escudriñar en la trastienda cultural de su gestación, comprender la dimensión política del espacio simbólico que constituye y comunicar esta novedad a los ciudadanos (a los que hacen las memorias y a los que guardan silencio o se tapan los oídos). Veinte investigadores sociales han sido convocados por Hacemos Memoria para describir cómo la expansión de las memorias es uno de los acontecimientos políticos más importantes de la historia de Colombia; sus voces traen una noticia y con ella un mensaje: la memoria puede ser el soporte de la convivencia si la dejamos suceder.

Patricia Nieto

ISBN 978-958-5596-49-8

